



DIRECTOR:
ANTONIO SÁNCHEZ PÉREZ

ADMINISTRACIÓN:
CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 41, 1.º

...CON LA REBAJA

(NO TIENE IRUESTE LA CULPA)

Yo sé muy bien, porque hasta en latín me lo han dicho, que toda autoridad viene de Dios.

Esta persuasión sobre el origen divino del poder es tan profunda, que en un vigilante de Consumos, registrando unas alforjas, me parece ver á la Divina Providencia abriendo el ojo. El municipal, ahuyentando á patadas el perro que se mea en la calle, no es para mí otra cosa que el Padre Eterno con guantes verdes.

Mi respeto no se altera ni se achica lo más mínimo al llegar al último escalón de la escala jerárquica de los poderes públicos. El guardia civil que en una procesión, para mayor esplendor del culto, echa sobre mí el caballo, halla en mí igual obediencia que si se me presentara el Supremo Hacedor armado de sable y con tricornio.

Inútil es, por lo tanto, encarecer lo profundo de mi respeto á un señor gobernador, sobre todo cuando es vizconde. Paréceme que en este caso, no sólo es delegado del Altísimo, sino algo así como amigo particular suyo ó como de la familia.

Pero esto no quita para que cuando el señor gobernador hace, á mi entender, un desatino, yo no diga mi opinión con todas las reservas que su infalibilidad gubernativa impone y con los almibarados eufemismos que me sugiere el respeto.

Ahora, por ejemplo, acaba de disponer el señor gobernador que á las dos en punto de la mañana se cierran en Madrid los cafés, *restaurants*, tabernas, buñolerías y demás establecimientos de la misma índole. Yo tengo varias razones para que eso me parezca muy mal; pero, en vez de censurar por ello al señor gobernador, quiero decir algo en su disculpa.

Sentado queda que de Dios, fuente de todo poder legítimo, viene la autoridad que el vizconde de Irueste goza. Delegado, pues, del Altísimo el vizconde para

entender en eso de que estén ó no abiertas las buñolerías, yo creo que en este caso nuestro gobernador no ha obrado de *motu proprio* sino cumpliendo una orden, tal vez verbal, de su superior jerárquico.

La razón que tengo para creerlo así es que el señor vizconde, aunque hombre muy arreglado y muy metódico, según sabe todo el mundo, no puede ignorar que en esta villa, como en toda gran ciudad, hay miles y miles de individuos para los cuales es muy conveniente y á veces necesario que los establecimientos en cuestión se hallen abiertos toda la noche. Aunque de vida muy morigerada y muy casera, el de Irueste habrá andado á deshora lo bastante por las calles para saber que aquí en Madrid hay muchísimas personas á quienes no el vicio, sino el deber, obliga á permanecer sin recogerse hasta las tres, las cuatro y más de la madrugada y aun á pasar la noche fuera de su domicilio.

En este caso se encuentra la multitud de personas que trabaja en los periódicos de la mañana: redactores, cajistas, maquinistas, ordenanzas, repartidores y otros muchos. Sin volver á su casa hasta el día tiene que estar una infinidad de funcionarios públicos que presta sus servicios de noche, como telegrafistas, telefonistas, agentes de seguridad, militares de guardia, encargados de la limpieza y del alumbrado, tahoneros, cocheros, serenos, empleados de Consumos y otros mil más cuya enumeración, completamente inútil, sería además muy fastidiosa.

De seguro que el señor vizconde al salir del Casino ó de otra parte, habrá visto alguna vez por las calles esas gentes trabajando honradamente para ganar el pan de su familia. Y de seguro también, al retirarse á su casa después de cenar en el Casino, habrá pensado que esas personas, ocupadas en su trabajo hasta que es de día, pueden necesitar durante la noche tomar algo para reponer sus fuerzas.

Yo ya sé que el Casino y otros establecimientos así continuarán abiertos toda la noche, y también ha llegado á mi noticia que allí sirven muy buenas cenas; pero ¿va á subir un barrendero al Casino para tomar por diez céntimos un vaso de café con churros? ¿pue-

de hacer que le sirvan del Casino la cena un cajista?

Eso de hacer las buñolerías intermitentes cuando sólo pueden llenar su humanitaria misión siendo continuas, no se le puede ocurrir á un gobernador por más que sea vizconde, pues este título no implica la necesidad de que el poseedor haya asado la manteca.

A mi juicio el vizconde de Irueste no tiene en esto responsabilidad alguna. Por imposible tengo que, conociendo las costumbres y las necesidades de Madrid, se le haya podido ocurrir tal cosa.

El pensamiento de cerrar á las dos en punto cafés y buñolerías debe de ser, á lo que yo calculo, de su superior jerárquico el Padre Eterno. Como este es un señor de mucha edad y que vive muy recogido, no sabe lo que pasa en las calles de Madrid ni tampoco lo que se pesca.

¡Y como además no le gustan los buñuelos!...

Eladio de Lezama.

Gacetilla.

«Los tiempos son de lucha», como dijo el otro.

El que no guerrea se amotina.

Y el que no se amotina... paga.

Bien es verdad que el que se amotina también paga, incluso los vidrios rotos; pero al fin y al cabo tiene el placer de protestar enérgicamente, lo cual es una especie de consuelo inocente é inofensivo por lo regular.

En este momento tenemos amotinado al Sr. Navarrorreverter contra las excomuniones; el ministro católico, en vez de encontrarse afligidísimo, cual corresponde á un ministro que juró el cargo que desempeña, pasa por alto dichas excomuniones.

También se encuentran enfrente de la autoridad competente los vecinos de Nueva Numancia por no querer pagar de buen grado las cédulas.

Los nuevos numantinos, imitando á los viejos, han dicho:

«Antes morir que consentir tiranos»,

y recordando al propio tiempo los no menos acreditados endecasílabos

«Y escrito está en el libro del destino

que es libre el pueblo aquel que quiere serlo»,

la emprendieron á cantazos con el recaudador de las cédulas, causándole algunos chichones y obligándole á emprender la fuga.

¿Que todo acabará en pagar las cédulas y el recargo?

Bueno.

Pero ¿quién le quita lo bailado al vecindario de Nueva Numancia?

La olla de grillos—como llamó este verano al mundo político el duque de Tetuán, —sigue hirviendo á disparates, como en buenas palabras vienen á decir el *Heraldo* de anoche y *El Nacional* de ayer.

El artículo, que por cierto es muy notable, se titula *Se suplica la calma*.

La calma...

Precisamente lo que ha perdido todo el mundo en España menos el Sr. Navarrorreverter que va con pies de plomo, que son muy pesados, y pisando huevos, que es un paso muy cachazudo, en cuanto le hablan de dimitir.

¡Calma!...

Es una cosa muy recomendable... y, sobre todo, tratándose del *ultimatum*.

Que no es precisamente lo último que puede ocurrir, y por lo tanto, no apura el perder la calma.

Pero conservar la serenidad de juicio cuando el pan encarece, cuando la carne sube, cuando las patatas se igualan á las trufas, cuando el vino es agua y cuesta un ojo de la cara, y cuando hay que pagar la cédula de la misma clase que la que corresponde á un Creso siendo un vecino de Madrid bajo el poder de Limón y compañía...

¡Vive Dios que son suficientes disculpas para que sea perdonada la falta de calma y la sobra de precipitación!

Por lo menos á quien vive en este «medio» debe serle permitido amotinarse de cuando en cuando.

Y ser protegido en el ejercicio del motín—que debe elevarse á la categoría de un derecho,—por los dependientes de la autoridad.

Antes se decía: «Pan y toros.»

Ahora, que ya no hay pan—buenas son tortas,—pediremos:

Toros y motines.

Tomás Carretero.

Merodeo.

De *El Tiempo*:

«Porque puede muy bien ser cierto por el momento que Mr. Woodford no haya dicho aún oficialmente «esta boca es mía», y puede, sin embargo, resultar el día de mañana—y este mañana no debe estar lejano—que el Gobierno de Casa Blanca, ya por su propia iniciativa, ya impulsado por las exigencias jingoistas y por las simpatías que una parte de la opinión de los Estados Unidos viene mostrando claramente hacia la insurrección cubana, considere llegada la ocasión de avanzar en el camino que notoriamente se sigue y que no se desvirtúa ni se abandona por las sonrisas amables de los diplomáticos que se suceden en la representación de la gran republica.

Puede, pues, haber ó no haber sucedido lo que los corresponsales han contado; pero para lo que hay que estar prevenidos es para que, en una ú otra forma, suceda lo que ve con su clarividencia peculiar el instinto de la opinión pública.»

Por lo menos, eso debimos pensar en más oportuna sazón.

Ahora... no diré yo que sea tarde... pero lo parece.

Lean ustedes estas líneas de *El Correo Español* y entusiásmense:

«¡La guerra á los Estados Unidos! ¿Hay en el partido conservador ó en el liberal un solo hombre de energía bastante para arrojarle á semejante empresa? No le vemos. La política española en este último cuarto de siglo de dominación liberal no ha hecho sino empuñecer los hombres, debilitar los caracteres, matar los entusiasmos, producir la anemia de la nación, rebajar las energías de los hombres públicos, y hoy ya no se ve por ninguna parte quien sea capaz de poner los pasaportes en manos de un embajador extranjero, lo cual se ha hecho en España aun en época tan calamitosa como la de la revolución, ni quien recuerde aquella hermosa frase de Méndez Núñez: «España quiere más honra sin barcos, que barcos sin honra.»

Si hay quien la recuerde; pero se limita á recordarla, ni más ni menos que usted.

Porque antes de andarse con quijotadas hay que sembrar los campos, rebajar las contribuciones, comer y... vestirse; porque no sé qué tal estarán los carlistas de indumentaria; pero juro por mi fe que los demás españoles vivimos con un trapo detrás y otro delante.

Lo cual no es decoroso, como comprenderá *El Correo Español*.

* *

El Globo, dejándose caer:

«La fecha fijada para el regreso de la corte produce en los conservadores un efecto muy distinto del que es fácil apreciar en el resto de los españoles.

Aunque la opinión pública se da cuenta de la situación del Gobierno, de la del partido que lo sostiene y de la incontrastable necesidad de un cambio de política, nadie se preocupa tanto del resultado de la crisis como de la venida de SS. MM. á la capital del reino, por cuyo hecho parece que se despierta el organismo nacional y se completa su fisonomía y se recobran alientos para hacer frente á toda suerte de dificultades que puedan surgir dentro ó fuera del reino.

Con esta alegría general, á la que se suma la que produce el regreso de nuestro ilustre jefe el Sr. Sagasta, que seguramente ha de revestir mayor importancia que en otras ocasiones, forma duro contraste la torva tristeza y el amargo desconsuelo que se ha apoderado de los ministeriales, encargados, por cruel ironía del destino, de manifestar á los augustos individuos de la real familia el entusiasmo oficial y la alegría de rúbrica.»

De eso de la alegría general hay que rebajar un poquito.

Porque yo sé de muchos á quienes no importa que vengan ó dejen de venir la corte y Sagasta.

¡Si al menos vinieran en su compañía los garbanzos que huyeron para siempre!...

* *

El Heraldo y *El Nacional*, de consuno:

«El primer rumor puesto en circulación por la excesiva credulidad de un noticiero, por el interés de cualquier personaje, ó por la codicia de uno de esos traficantes de desdichas públicas que revolotean sobre los pueblos en situación angustiosa, como los cuervos en torno de los cadáveres, basta para que todo el mundo pierda la serenidad y rompa á vociferar ó á llorar, según el humor de cada individuo.

Los rumores más absurdos y las invenciones más estupendas se abren camino, primero entre los políticos y los periodistas, luego entre la masa de las gentes, sin que nadie les ataje el paso ni se detenga á considerar la inverosimilitud de lo que oye, ni quiera proceder con el ánimo tranquilo á indagaciones que pudieran ponerle sobre la pista de la verdad.

A esta insana agitación de los espíritus, que así consume una fuerza de ordinario negada á todo cuidado útil y á toda empresa verdaderamente patriótica, lo mismo sirven de alimento la salud y la vida de las personas que la suerte de la nación.»

Me gusta que *fraternicen* ustedes, colegas.

Sobre todo, para decir algo sensato.

* *

De *El Correo*:

«Ahora no se trata de potencia alguna que esté en desacuerdo con España, sino de un número mayor ó menor de insurrectos que combate nuestra soberanía.

Conviene, por consiguiente, aclarar un punto, detrás de cuyas ambigüedades puede haber para España una abdicación; y también convendría que sepamos en

qué consisten y cómo habrán de ejercerse esos buenos oficios, que ya se hallan, según parece, en estudio.

Mientras los órganos ministeriales esclarecen este extremo, parece lo más acomodado al interés de España, que, lo que hayamos de hacer en Cuba, lo hagamos por nosotros mismos, en el deseo principal de procurar la paz, de cuyo bien, por cierto, también habian de participar los Estados Unidos, porque con la paz se fomentarian sus relaciones comerciales.»

Ahi duele; la paz es lo que hace falta y no las bravatas de algunos temerones de guardarropía.

Con las cuales no se aumenta en un perro chico el presupuesto de ingresos.

* *

El Liberal dice:

«Afortunadamente, todos los indicios revelan que va á ser un mes crítico el mes de Octubre, y que, durante él, se aclarará la presente é insufrible obscuridad, bien sea con la luz abrasadora del sol, ó bien con la luz abrasadora del incendio.

El cambio, no parcial, sino general, que se acerca, determinará, sin duda, una simplificación indispensable, destruirá aquellos organismos que se hayan vuelto inútiles para la vida nacional, reemplazándolos con otros más idóneos, y orientará á España respecto de sus futuros destinos.

Vencidos ó vencedores, indemnes ó destrozados, lograremos escapar del atolladero en que ahora nos encontramos metidos, y de nuevo correrá libre el raudal que, de continuar estancado, no tardaría mucho en corromperse.»

Que lograremos escapar, es indudable; pero lo que es indemnes...

Las de *El Liberal* son

«ilusiones engañosas,
livianas como el placer».

Y si no, que hablen por todos los españoles las faltriqueras respectivas.

Desde un forillo.

TEATROS Y OTRAS DESGRACIAS

(DIÁLOGO)

Lector. — ¡Eh!... ¡usted!, señor *Segundo Apunte*, ¿cuándo piensa darnos lo que nos debe?

Yo. — ¡Qué les debo?

Lector. — Si, como dice el adagio, lo prometido es deuda, usted nos debe *un poquito de programa*, que nos ofreció hace ya muchos días.

Yo. — ¡Calla! Pues es verdad que lo he prometido.

Lector. — ¡Lo había usted olvidado?

Yo. — Olvidarlo precisamente, no; pero poco menos. Estoy *delicadillo* hace algunos días y, por otra parte, no presumi nunca, ni esperé que mi programa tuviera con cuidado á nadie.

Lector. — Pues ahí verá usted; á mí me tiene, y quiero que me diga usted qué piensa hacer *El Tío Paco* en eso de los teatros...

Yo. — Pues diré á usted. — De lo que piense hacer *El Tío Paco* no sé una palabra. Tengo entendido, sólo por referencias, que los dibujantes se proponen hacer muchas cosas, y que hay proyectos de publicar grabados con retratos ó caricaturas de artistas, y de reproducir decoraciones y aun escenas de las obras del género grande, ó del género chico, ó del género mediano, ó de cualquier género aunque sea extranjero (que si podrá

serlo), siempre que para ello haya motivo suficiente.

Pero yo en esto ni entro ni salgo.

A mí, pobre segundo apunte, y la última palabra del credo en esta redacción, y en cualquiera otra, sólo me corresponde manifestar lo que las *obras nuevas*, las nuevas nada más, sean originales ó traducidas, me han parecido.

Y lo diré con absoluta, con absolutísima sinceridad, aunque al decirlo me separe de lo que otros compañeros de oficio hayan manifestado, y aun de lo que al público le haya parecido.

Lector.—¿Y tiene usted el propósito de criticar todos los estrenos?

Yo.—¡Libreme Dios! Pues no habría yo echado sobre mi ánima mal trabajo. Primeramente advertiré á usted que no se trata de *criticar* ¡valiente crítico estoy yo! Mi tarea es mucho más sencilla: se reduce á decir lo que la obra le haya parecido al público y lo que á mí me parezca.

Lector.—Pero bien; eso sí lo dirá usted de todas.

Yo.—No, señor; de todas no; ni siquiera de la mitad. Lo diré solamente de las que me gusten á mí, y de las que, aunque á mí me desagraden, hayan agradado al público; nada más, nada menos.

De los fracasos, ¿para qué hablar?

Si un autor ha tenido la desgracia de *no dar gusto al ilustre senado*, lo cual supone mortificación grande en el amor propio y quebranto no pequeño en los intereses (hay que verlo todo), ¿qué voy ganando yo y qué va ganando el público con añadir aflicciones al afligido y aumentar la pena de quien con perder su trabajo y su tiempo resulta ya bastante castigado?

Nada; de la obra que en una noche nace y muere; de la que acaso antes de terminar su primera representación pasa á mejor vida, yéndose, según la locución del tecnicismo teatral, al foso, no diré una sola palabra.

Tampoco pienso decir lo que me parecen obras de los que, sin grandes ni aun chicos merecimientos literarios, logran extraordinario *éxito de taquilla*.

Debo presumir, y presumo efectivamente, que el autor ó los autores, porque los de esas obras suelen ser dos lo menos, aspiraban exclusivamente á obtener buen resultado pecuniario; aspiración perfectamente legítima y en la que nada halló de censurable. Se realizan esas esperanzas: pues que sea muy enhorabuena y que buen provecho les haga.

No veo justo ni caritativo amargar la satisfacción del deseo logrado, poniendo peros y señalando faltas al trabajo artístico, sabiendo que en tales producciones el arte suele ser lo de menos.

Quédese el discutir acerca de las *bellezas* de esas obras y dedicar á su estudio artículos extensos y circunstanciados para los jóvenes que aspiran á congraciarse con tal tiple ó con cual otra, y que hacen de las columnas de sus diarios activísimos correos de amor ó bien hojas de servicios muy tenidas en cuenta para determinadas pretensiones. Cosas son esas muy propias de muchachos, y que por esto mismo serían impropias de quien, ni por su profesión puede aspirar á las glorias de autor aplaudido, ni por sus años á las dulzuras del amante aceptado.

Conque ya sabe usted cuál es mi programa.

Hablaré de muy pocas obras; de las que me gusten nada más; y, si acaso, de las que, aun sin gustarme á mí, agraden al público ó merezcan los parabienes de mis compañeros de oficio.

Y hablaré en todo caso cuando la obra haya sido aceptada definitivamente ó definitivamente rechazada por el público.—No al día siguiente del estreno; pues mi cerebro es muy tarde para formar juicios y más arda mi palabra para traducirlos, y necesito tres ó

cuatro días para hacer mal lo que nuestros críticos de hoy hacen bien en un par de horas.

Y pongamos punto aquí á nuestro diálogo, que ya ha durado demasiado, quedando citados, si á usted le parece, para la noche del lunes, en que inaugura sus tareas la compañía *Maria Tubau* en el teatro de la Princesa, y donde va á estrenarse un sainete de Palencia, *COMEDIANTES Y TOREROS* (ó *LA VICARIA*), sainete del cual no sé si gustará al público (lo espero y lo deseo); pero sí sé que es obra de verdadero valer literario y en que ha de llamar la atención la propiedad con que habrá de ser presentada.

Tres decoraciones nuevas, á decoración por cuadro, trajes de época, reproducción del famoso cuadro de Fortuny, todo hace que la representación se espere con impaciencia.

Conozco la obra y sé que está bien pensada, bien escrita y bien dialogada.—Lo que parezca al público... lo sabremos el martes.

Un segundo apunte.

Pláticas de familia

A todos nuestros colaboradores desconocidos, salud. Y, por añadidura, muchísimas gracias.

Que no podemos aceptar los trabajos numerosos que nos envían, se comprenderá cuando digamos que cada día recibimos original sobrado para llenar tres ó cuatro números. Que la Dirección no puede contestar individualmente á cada candidato á colaborador, se advina sabiendo que pasan de ciento las cartas que recibimos cada veinticuatro horas.

Pues pensar que *EL TÍO PACO* pueda parodiar lo que con tanta agudeza de ingenio como donaire hace *Madrid Cómico* en su «Correspondencia particular», sería pensar en lo imposible.

Eso es de la exclusiva jurisdicción de *Madrid Cómico*.

A *EL TÍO PACO*, por consiguiente, no le queda mas que un camino: dar la callada por respuesta.

Si una composición, que él no ha pedido, y que sin él solicitarla se le envía, es de su agrado, la publica; pero no la paga, porque no la hace.

Los trabajos que no son de su gusto, no los publica; y, por supuesto, no los paga tampoco.

A devolver las cuartillas no se compromete, porque para hacerlo sería indispensable que estableciera en la Administración un negociado especial encargado de ese menester de remitir ó entregar á los autores sus originales, lo cual saldría más caro que pagarlos.

Conque ya lo saben ustedes, aspirantes á *chichos de la prensa*.

Postdata (más larga que la carta).

Hace ya muy cerca de dos meses que publicamos esta plática; la reprodujimos á los pocos días; hoy la reproducimos nuevamente, porque los colaboradores ni se arrepienten ni se enmiendan, lo cual proporciona á *EL TÍO PACO* muchos disgustos y muchísimas desazones. Miren ustedes que hay días de los cuales seis ó siete horas se las pasa el pobre desojándose para leer los trabajos que los aficionados le remiten, y que ¡ay! son malos generalmente.

No todos son pésimos; algunos recibe que, un tanto corregidos, podrían pasar; pero unos resultan muy tristes y otros alegritos en demasía; el de aquí parece corto, largo el de allá.

Y para ser publicable en estas columnas un trabajo, no ha de ser con exceso:

Melodías políticas.



II

Ya se presenta á la vista
(y sólo en suposición)
cuáles los efectos son
de la música carlista.

ni dulce, ni amargo,
ni alegre, ni triste,
ni corto, ni largo.

Estas relaciones entre EL TÍO PACO y sus colaboradores desconocidos son ahora mucho más frecuentes que antes lo eran; porque, además de trabajos políticos y literarios, en verso y en prosa, vienen hoy á manos de EL TÍO PACO soluciones á los problemas que todos los jueves se publican.

Y ya que de esas soluciones se habla, voy á repetir una vez más que si los que hallen las soluciones y las remitan quieren verlas en las columnas de este diario, es de absoluta precisión que remitan sus nombres verdaderos y no pseudónimos ni *alias*, porque ni *alias* ni pseudónimos publicamos.

Esto precisamente ha impedido insertar una solución á uno de los problemas, solución que era exacta y que venía firmada, á más de muchos elogios al periódico (elogios que agradece de todas veras), por un señor *Fulánez*.

No sucedió así con la que remitió desde Figueras el Sr. D. *Luis Vergés Villanova* (de Figueras), y de la cual sólo puedo decir, que habiendo sido remitida en 11 de Septiembre, ha llegado á mis manos el día 23.

¿Cómo ha tardado doce días en hacer el viaje?

No me lo explico.

Reconozcan ustedes, no obstante, que para trasladarse desde Figueras á Madrid no tardaba tanto tiempo un cosario del antiguo régimen.

Y añadan ustedes este *hecho concreto* á lo que sobre el servicio de Correos dijo en estas columnas, hace pocos días, un *cartero*, refiriéndose á los de provincia de Guadalajara.

La solución, en que por cierto el Sr. *Vergés Villanova* demostraba conocimientos jurídicos y algebraicos, era la del primer problema publicado: EL GATO DE S. M.

Y como, por la razón ya expuesta y por la culpa del correo, no fué publicado el nombre del Sr. *Vergés Villanova* á su debido tiempo, queda subsanada la falta y queda hecha la necesaria advertencia para lo sucesivo.

X. Y.

El adiós al verano.

(ARTÍCULO DE ENTRETENIMIENTO)

A Dios gracias, el verano, que ha sido horroroso, higiénica y civilmente considerado, está á punto de largarse con viento fresco para dar paso al invierno, que también viene con igual viento.

Saludemos, pues, á las primeras brisas otoñales; pero saludémoslas sin quitarnos el sombrero para evitar resfriados. No hay que ser finos á costa de la salud, y más ahora que la salud es el único tesoro que poseemos, porque no está en manos de ministros ni concejales.

A mi entender, cada día las estaciones se ofrecen más crueles y despiadadas. Cada vez que pienso en el verano que acabamos de pasar, en ese verano tan pródigo en emociones y rico en sofocaciones y tabardillos, sudo como un botijo. Digo botijo porque es un sudor frío.

Poco á poco el verano va perdiendo encantos y convirtiéndose en un modesto infierno. Estamos en camino de morir achicharrados.

Dentro de pocos años lo habremos conseguido. La madre Naturaleza va entrando ya en el período de suegra. Natural es, pues, que nos fría la sangre.

Para el que dispone de medios y puede burlar los bochornos del verano en una playa, la citada estación tiene atractivos todavía. ¡Que me den á mí veranos con dinero!

Yo buscaré frescura, aunque sea arrimándome á un político, resumen y compendio de aquélla.

Nadando en oro se nada en San Sebastián y en todas partes. El oro es el más *elemental* de todos los elementos.

Sobre todo del elemento oficial.

Sólo se me ofrece una duda para el caso de tener dinero, duda que hoy no me desvela, porque no estoy en ese caso; pero que la vez que se presente ha de intri-garme mucho. La del punto en que se puede pasar mejor la estación de los calores: ¿el monte ó la playa?...

Entre los dos no sé cuál brinda más alicientes, más halagos, más seducciones. Si tiro al monte temo seme-jarme á la cabra. Si me zambullo en el mar temo parecerme á un besugo.

El monte presenta panoramas variados y amenos. Barrancos, despeñaderos, guijas y cantos para romperse el alma; pinares y algarrobos para quien guste de ellos; fuentes y cascadas para solaz de las almas poéticas; pastoras y caza menor para los cazadores; en fin, muchas bellezas y diversiones que no tiene la playa.

En cambio, ésta tiene brisas impregnadas de sales marinas, merenderos impregnados de sal... chichones, algas, que ¡ya es algo!, arenas movedizas como Romero Robledo, olas inquietas como los carlistas, rumores como el salón de conferencias, espuma como el puchero de pobre, porque el de rico es amarilla... Y durante el baño, exposición de moños y pantorrillas, que es uno de los espectáculos más emocionantes.

¡Grande es el monte con pinares y conejos... pero grande es también la playa con monte ó *bacarrat!*

Ambos brindan encantos, por más que *en cantos* sea más rico el monte. En éste los pájaros de colores pian; en aquélla los pájaros de cuenta *espían* á las nadadoras. Los primeros con sus gorjeos llenan el espacio; los segundos con sus gemelos llenan la orilla.

Si reflexiono sobre la playa, me encuentro con agua al cuello.

Si pienso sobre el monte, no se á qué carta quedarme.

Estoy, pues, en un verdadero mar; pero mar de confusiones.

Fortuna (no el balneario del mismo nombre) que el verano se extingue como el partido conservador, si bien aquél cae al soplo del hado frío y éste *del lado contrario*.

La paja que en forma de sombrero coronó muchas cabezas, ha desaparecido ya de la mayoría de ellas.

¿Dónde habrá ido á parar?...

Porque hay estómagos para todo.

No pretendamos aclarar estos misterios.

Y pidamos solo al Supremo Hacedor que durante el verano próximo sea Hacedor para nosotros y no asador como en el presente.

Y ¡nadal... ¡De verano!

F. Roig Bataller.

La opinión.

Lo que dice un obrero.

¡La opinión! Palabra de seducción irresistible para nosotros los periodistas; interpretarla y adivinarla es ansia constante y acicate poderosísimo para la imagi-

nación en tortura permanente por la fórmula deseada. «Los latidos de la opinión»... «Los deseos de la opinión»... «La opinión espera»... «La opinión piensa»... Y cuanto más traemos y llevamos esa abstracción del común pensar y sentir más lejos quizá nos encontramos de ella.

Para nosotros la opinión se forma en el café, en la tertulia coreadora y estéril, en medio de una atmósfera impura, cargada por el humo del tabaco; en la sala del Casino, donde se oye el rodar de las fichas y el sonar del dinero en la habitación contigua; en el salón de conferencias, sala de disección de reputaciones y de honras y Bolsa de cotización política; sobre la mesa de redacción, en el ardoroso discutir de gente moza y resuelta, y suele acontecer que cuando gozosos marcamos los rumbos y caminos de esa señora de nuestros pensamientos, harto esquiva, marcha ella por muy diversas sendas, por veredas muy escondidas á nuestra vista, cansada por el avizorar constante y sin descanso.

Yo gusto de buscar la opinión en sus propios riquísimos veneros, en plena calle, allí donde recibe la impresión de todos los vientos y no influyen para aduvertarla ni los vanos prejuicios de la pasión política, ni las suspicacias de escuela, ni los enconados odios de bandería.

Pesimista por inclinación irresistible del espíritu, en la rectificación de mis diarios errores, en la amargura de ver cuán inútil es esta nuestra penosa labor diaria, hallo medios de atribular mi alma, en perpetuo desconsuelo, y este nuevo dolor, esta pena, hija del capricho, parece reanimarme de mis viejas torturas, de mis añejos pesares...

* *

Guardo con fidelidad religiosa extrañas amistades... Expatriado de mi tierra florida antes de conocerla, por raro fenómeno psicológico sufro la nostalgia de su cielo azul y de sus campos perfumados, y al arrullo de sus soñolientas canciones desperézanse mis esperanzas marchitas y mis ilusiones muertas...

Haber nacido bajo aquel sol radiante es título más que sobrado á mi cariño...

¿Mi nombre? ¿Para qué? Nada ha de decirnos. Es el nombre de un cualquiera, y yo mismo no estoy muy seguro de recordarlo bien. Es de *mi tierra*, de mi tierra querida; con mi hijo fué á la escuela, y cuando el azar me lo pone delante me honro estrechando su mano encallecida de obrero y campesino. Es uno de mis viejos amigos, cuya presencia remoza el corazón con recuerdos gratos. Uno de mis extraños amigos más queridos. Al salir ayer al amanecer de la redacción encontrémele en la Puerta del Sol.

—¡Adiós, D. José—me dijo:—¿Dónde va usted?—Al trabajo.—Es temprano, ¿quiere usted que charlemos un rato mientras bebemos algo?...

Hablamos de muchas cosas... Primero de nuestra tierra, de nuestra tierra gentil de flores un día, páramo despoblado, desierto, seca matriz infecunda por la larga labor de aquel cielo riente, viva ironía que cobija miserias sin cuento, que se burla con los esplendores de un sol ardiente de aquel pueblo de esclavos que baña con sudor de sangre el terruño para no gozar jamás de sus pródigas cosechas.

Después hablamos con charla sempiterna de la *cosa pública*. Toda la viciosa organización social cayó deshecha á nuestros pies, y en plena taberna, acosados por el olor incómodo del aguardiente y del vino barato, promulgamos la revolución y establecimos su novísimo derecho... ¡Oh! es muy grato cuando se siente ahogar los impulsos del corazón por eufemismos sin sentido, por convencionalismos estúpidos, oír la voz ruda de la verdad sincera, que sin rodeos ni vanos res-

petos pueriles, llega á vosotros para delataros en vuestro engaño...

Es esto á nuestro espíritu lo que el aire puro de la montaña á nuestros pulmones. Nos aumenta el deseo de vivir, de vivir la *vida natural*, sana y robusta...

... ¡La vida es triste! sí; pero ¿no ha de llegar el momento esperado de la final justicia? Munet ha dicho que para ver la vida risueña es menester mirarla á través de una copa de *champagne*. Nuestro vino es rojo, y no es raro que veamos la tierra tinta en sangre.

* *

... ¿Mi partido? Siempre el mismo; el de los oprimidos, el de los desheredados, el de los caídos, el de los vencidos y humillados. Donde hay una injusticia que combatir, donde hay una idea noble por que luchar, allí he ido y allí iré mi vida toda.

¡Ah! Los míos son todos los que sufren, todos los que padecen, todos los que lloran. He tenido siempre mi pluma dispuesta á la protesta y mi espíritu accesible á la indignación á toda hora. ¡Cuando vengan los míos entonces será el momento de la justicia! Mientras tanto seguiré toda bandera roja que tremole airada, seguiré al lado de toda esperanza redentora, de toda ilusión, de toda utopía bella que me seduzca...

Mi amigo, atento á mis palabras, con expresión de incredulidad dolorosa, miró al reloj y, levantándose, me dijo:

—Se me hace tarde; dispensará que le deje.

Saímos. En la puerta le detuve:

—Y los tuyos ¿quiénes son?

—Los míos... D. José, todo eso son *filosofías*; los míos no vendrán nunca, porque son los hombres honrados...

Y al darme la mano repitió:

—Los de usted quizá vengan algún día; los míos, ya lo ve, es imposible...

Me quedé parado viéndole marchar hasta que perdí de vista su blusa blanca en la que reverberaba el sol, y al dirigirme á casa cabizbajo, meditaba:—¡Los hombres honrados! ¿Será cierto? ¡Oh! no; es imposible. ¿No ha de brillar jamás la justicia aquí abajo?...

El sol pálido y sin bríos mostrábase con la frialdad de las mañanas de otoño. Las buenas gentes que se levantan temprano marchaban presurosas á sus quehaceres; el aire frío me azotaba el rostro y las ojeras de la vigilia llamaban la atención de alguna alegre muchacha que acudía al trabajo, y al verme murmuraba:—Un señorito que viene de *juerga*.—En tanto, yo, absorto en mis pensamientos, murmuraba inconscientemente:—Sí; he aquí la fórmula, el remedio radicalísimo. Toda nuestra terapéutica social en dos palabras. Lo demás son *filosofías* estériles. *Hombres honrados*; eso es todo...

José de Cuéllar.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

S. L.—Santander.—Recibida libranza 4 pesetas pago trimestre.

M. G.—Jerez.—Cinco ejemplares desde el núm. 47 se le remiten según desea.

ADVERTENCIA

Se suplica á nuestros corresponsales y suscriptores se fijen en la sección *Correspondencia administrativa*.

V. VELA, Impresor, Conchas, 4, Madrid.

ESPECTÁCULOS

PARA HOY 25.

LARA.—8 1/2.—8.º de abono.—Turno 2.º impar.—Ecurrir el bulto.—Caza de novios.—El padrón municipal.—Segundo acto.
 ZARZUELA.—8 1/2.—Los desca- misados.—La boda de Luis Alon- so.—El duo de La Africana.—La viejecita.
 ROMEA.—8 1/2.—Los coraceros.— Los criticones.—El cabo prime- ro.—Charivarí.
 APOLO.—8 1/2.—Vía libre.—Las bravías.—Agua, azucarillos y aguardiente.—Fotografías ani- madas.
 ESLAVA.—8 1/2.—Los Puritanos.—Las escopetas.—La marcha de Cádiz.—El pobre diablo.

Balneario de San Felipe Neri

HILERAS, 4, MADRID

Aplicación del agua á todas temperaturas y formas. Espacio- sos y elegantes gabinetes para los baños de agua, así de lim- pieza y recreo, como para los minero-medicinales de todas cla- ses, particularmente los SULFUROSOS, primer establecimiento que los ha administrado en Madrid.—SALÓN HIDROTERA- PICO, con los más modernos aparatos para la administración de toda clase de DUCHAS.—BAÑOS RUSOS simples y compuestos.

Servicio permanente á domicilio.

DISPONIBLE

DIARRITZ Y SUS CER-
 BCANIAS, por P. Millán.
 —4 pesetas.

POESIAS de M. Morera y
 Galicia, con prólogo de
 Valbuena.—Séptimo volumen
 de la colección *Elsevir* ilus-
 trada. Ilustración de Gili y
 Roig.—Precio, 2 pesetas.

LUCHA EXTRAÑA, novela
 originalísima de Luis Ló-
 pez Ballesteros.—3 pesetas.

DISPONIBLE

EL PROCURADOR YER-
 BABUENA (*Reverso de
 una medalla*). Novela escrita
 por el Conde de las Navas, é
 ilustrada por los Sres. Gili y
 Roig.—Volumen décimo de la
 colección *elzevir* ilustrada.—
 2 pesetas.

EL TÍO PACO

DIARIO HUMORÍSTICO CON CARICATURAS

ADMINISTRACIÓN: CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 41, 1.º MADRID

Este diario, *único en España en su clase*, se publicará todos los días menos los do-
 mingos.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION

En Madrid, un mes.	1	peseta.
En provincias, trimestre.	4	»
En Ultramar, un año	30	»
En Portugal, trimestre.	6	»
En el Extranjero, un año.	25	»

VENTA.—A corresponsales y vendedores, *veinticinco números*, 75 céntimos.

Número del día, *cinco céntimos*.—Número atrasado, *quince céntimos*.

ANUNCIOS á precios convencionales.

PAGO ADELANTADO